

DaBar



Ciclo
A

23 de agosto de 2020
21° Ordinario

n°47

Año XLVI

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla

Primera Página

¿Quién decís vosotros que soy yo?

A lo largo del Evangelio no parece que a Jesús le preocupa nada lo que la gente piensa de él, no obstante, justo después de criticar a los fariseos por saber interpretar el aspecto del cielo, pero no los signos de los tiempos. Jesús quiere saber cómo le han entendido a él como signo de los tiempos...

“«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?» Ellos contestaron: «Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas».

La respuesta no parece satisfacerle, pero tampoco le da más importancia, sigue siendo real que no le preocupa qué piensa la gente de quién es él. Y entonces cambia el tono de la pregunta, si antes pregunta sobre lo que dice la gente sobre el Hijo del hombre (es curioso que el hijo de Dios se denominara a sí mismo el Hijo del hombre), ahora la pregunta es directa: ¿qué decís vosotros de quien soy yo? Siendo los discípulos lo torpes que eran en comprender, siendo tan complejo cambiarles la cabeza, el corazón, los planteamientos culturales, habiendo dado tantas muestras de no enterarse, para mí que Jesús no esperaba esa contestación con clara de Pedro, de ahí su expresión de gozo y alegría, algo así como Dios mío por fin se han enterado de algo...y ha tenido que ser la obra de tu Espíritu trabajando en él, quien le ha dado tanta claridad...

“Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Jesús le respondió: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo.»

Descubrir que Jesús es el Hijo de Dios vivo, resitúa el título que Jesús se había dado al inicio iel Hijo del Hombre es el Hijo de Dios vivo! Descubrirlo y verbalizarlo, no nos

puede dejar en el mismo punto de partida, la declaración de fe, implica cambios en la vida, serás piedra, sobre esa piedra edificaré toda una comunidad, el poder del mal no te derrotará, lo que no implica que no te hiera, que no te tumbe, que te dejé cansado y sin fuerzas tantas veces, pero no te derrotará, tendrás en ti una fuerza que no se apagará, seguirás siendo capaz de levantarte y volver a caminar, a seguir luchando por la justicia y lo justo, sus envistes pueden tumbarte, marginarte, pero no derrotarte...

Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de los infiernos no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los Cielos”

Las llaves del Reino de los Cielos, no son físicas, reconocer a Jesús como hijo de Dios es la llave que nos abre la puerta de vivir desde las bienaventuranzas, como un decálogo de felicidad demasiado alejado del mundo, que necesitamos ser sostenidos por la fe y de la presencia de Dios en nuestras vidas.

Ahora en el silencio de tu oración responde, sinceramente, a la pregunta que nos hace Jesús a cada uno de nosotros: ¿quién dices que soy yo?

Recuerda, con opciones concretas y asumiendo el precio que esas opciones te han costado en la vida, como esa respuesta ha cambiado tu vida. Convierte tu oración en acción de gracias por que él te ha revelado quién podía ser Jesús en tu vida, cómo podía ser tu vida para que realmente revelara que para ti es el Mesías, por como en los momentos de dudas ha permanecido a tu lado, silencioso si es lo que necesitabas, haciéndote preguntas, peleando en tu interior para que la luz te volviera a iluminar el corazón, porque Jesús no se rinde cuando se trata de nuestro amor,...



porque también a cada uno de nosotros nos dice ¡Dicho tú, hijo de Jonás! Que has creído en mí. Tú eres... mi amado, y sobre tu como piedra edificaré una parte de mi Reino.

Elena Gascón
elena@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Más de una vez he manifestado mi decepción por alguno de los textos bíblicos elegidos como primera lectura en la liturgia dominical o festiva. Algunas veces por una brevedad excesiva de la que poco se puede deducir; más veces, por la supresión de otros versículos que podrían cambiar incluso la raíz del texto; y no faltan tampoco otros textos elegidos pensando en el evangelio a fin de encontrar un eco veterotestamentario en las palabras evangélicas de ese día. Pero no siempre esas pocas palabras portan algo provechoso al esclarecimiento del mensaje novedoso de Jesús.

Tal es el caso del texto actual. Se trata de un episodio bien conocido en el texto de Isaías y otros textos coetáneos. Es la historia de un 'secretario de estado' (mayordomo de palacio) desleal. Hasta el punto de haberse elevado a sí mismo a una condición más propia del rey a quien servía que de un secretario fiel, cuyo oficio no era beneficiarse a sí mismo y su familia; ni a buscar la consideración de la gente, sino el acompañamiento de su señor en el servicio al pueblo. Y para todo esto contaba con el instrumento adecuado administrativo y decisorio: la llave que colgada al hombro recordaba a todos la importancia de su servicio y su poder de decisión.

Pero a la vez se consideraba que todo ello se debía a la confianza del monarca que con ello se sentía seguro en su trono, con todos los suyos.

De Sobná se dice que se ha construido un monumento funerario excavado en la roca; que se ha servido de su poder y su riqueza para enriquecer a la vez a toda su familia y que incluso ha olvidado su condición mortal.

Conociendo esta historia se interpreta mejor el texto evangélico. Se comprende lo de abrir y cerrar; atar y desatar; y el simbolismo de las llaves. Pero también la tragedia de quienes han empleado ese poder, esa situación 'privilegiada' por la confianza de nuestro señor, precisamente para labrarnos mausoleos de mármol. ¡Pobre templo del Vaticano! ¡Y vacías vidas de tantos 'ministros' del Señor que buscan honores, medallas, inscripciones y se olvidan de los pobres!

Tomás Ramírez
tomas@dabar.es



Segunda Lectura

Pablo llega al final de su exposición en estos capítulos (9-11). Ha situado a Israel dentro del plan salvador de Dios y ha ido explicando cómo Israel ha rechazado la salvación traída por Cristo y se ha aferrado a la Ley. Pero no todo parece estar perdido, pues según las promesas de Dios, Israel sigue siendo el pueblo elegido y puede cambiar de actitud. Pablo siempre deja la puerta abierta para una conversión.

Toda esta exposición la acaba con un himno (una doxología). Es un himno de alabanza por las actuaciones de Dios. Los planes de Dios no pueden ser alterados o modificados por nadie. Él solo sabe lo que va a suceder. Va manifestando sus designios y el hombre va entendiendo, poco a poco, qué quiere Dios para él. La salvación llegará cuando la humanidad reconozca la soberanía de Dios.

Realmente, todo lo que sabemos de Dios es fragmentario, pues no conocemos con detalle sus planes: "¡Qué insondables son sus decisiones e insondables sus caminos!" (v. 33). La actitud humana ante Dios no es tanto pedir explicaciones sino acoger con humildad su palabra y seguir sus caminos porque Dios siempre será más grande que nosotros.

"¿Quién conoce el pensamiento del Señor? ¿Quién ha sido su consejero?" (v. 34). Encontramos esta pregunta en Is 40,13, junto con Job 41,3. Dios no sebe nada a nadie y compone solo sus propios planes. No necesita que le aconsejen. Isaías se refiere en su texto a la liberación de los judíos del exilio, pero el texto, recogido por Pablo, quiere también expresar en este momento, cómo Dios planea cosas grandes sin aconsejarse de nadie, pues él es más grande que todo.

A Pablo también le hubiera quedado el camino de callar ante la inmensidad de la divinidad, pero prefiere otro camino: quiere mirar y exaltar sus obras y sus planes sobre el mundo porque siempre llegan a buen término. Y, para ello, emplea un himno de alabanza que nos muestra las acciones de Dios, que a veces nos parecen desconcertantes, pero que siempre merecen nuestra alabanza.

Después de mostrar cómo Dios tiene un plan de salvación que él mismo lleva a cabo sin dejarse aconsejar por nadie, acaba Pablo en el último versículo (v. 36) con una alabanza, cerrando así este canto a la sabiduría divina: "De él, por él y para él son todas las cosas. A él la gloria por siempre. Amén". Todo subsiste por Dios, ya que él lo conserva todo, y todo tiende hacia Dios porque es su fin último. Por ello debe recibir la gloria por siempre.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

El texto de hoy es el que da inicio a una segunda sección en la peregrinación de Jesús, ya hacia la Pasión. Es cierto, que la perícopa de la confesión de fe y la promesa del primado no tiene en Mateo, la relevancia de Marcos. El punto de inflexión que marca aquí es el camino hacia la cruz.

Mateo sitúa la confesión en Cesaréa de Filipo, cerca del monte Hermón, en Iturea, al Norte del Mar de Galilea, fuera de Galilea, pero muy lejos de su destino, Jerusalén, preparando el camino de la cruz.

El texto está compuesto, tan solo, por un versículo más que el que veíamos apenas hace un par de meses en la solemnidad de san Pedro y san Pablo.

Texto

Parece que Jesús quiere comenzar su enseñanza, preguntando el parecer sobre su persona, pero lo hace hablando de sí mismo en tercera persona. Y, la respuesta es una comparación con los grandes hombres de la Historia de la Salvación, pero a Jesús no le vale y va un paso más allá. “¿Y vosotros?” y ahora sí que hace referencia a sí mismo en primera persona, haciéndonos percibir dos concepciones eclesiológicas distintas, la individual y la comunitaria, pero no por eso separadas, sino juntas e integradas.

Pedro asume su propia voz y la de la comunidad para afirmar la identidad de Jesús desde la fe: “Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”, asumiendo, también, como reconocerá el propio Jesús, la voz de Dios que le ha revelado esa verdad. La declaración fundamental de la fe cristiana fue una revelación de Dios. Atribuírsela a Pedro, para transformarlo en un discípulo superior a los otros, es una argumentación exclusivamente humanista, que olvida la Revelación. El verdadero autor de la declaración es Dios, y la transmisión de esa revelación, Pedro, el elemento humano que es el instrumento de Dios y que realiza con fe.

Esa revelación y la necesaria intervención humana, comunitaria y manifestada individualmente, para la tradición son lo que permite a Jesús hablar ya de su Iglesia.

La Iglesia de Jesús tiene poder sobre la muerte y sobre el cielo. Jesús es más poderoso que el Mal; y la Iglesia, en la medida que sigue a Jesús, sobre la muerte, que es uno de los poderes del Mal. Jesús es el triunfo sobre la muerte, el triunfo de la salvación. Jesús se dirige a Pedro como representante de la comunidad y, en esa condición, le confiere las llaves del Reino. Esas llaves son la Revelación en la medida en que cree en Jesús y abren el Reino para quienes creen en Él. La Iglesia no puede enseñar otra cosa que lo que Dios le revela. El poder para atar y desatar es la autoridad para administrar la disciplina según las instrucciones de Jesús, las que dará en el discurso del Reino.

Jesús manda silencio, pero no como el secreto mesiánico en Marcos, sino porque la cuestión es algo del funcionamiento interno de la Iglesia, reservado a los creyentes.

Pretexto

La representación de la comunidad es un servicio, no una dignidad, el que lo asume debe ser consciente de ello, debe aglutinar en torno a la figura de Jesús y preguntar a cada uno y a toda la comunidad, incluso a sí mismo, ¿quién es Jesús? para facilitar la fe de cada miembro y de la comunidad en su conjunto. Tal vez, algún día pueda oírse lo de “dichoso tú, hijo de Jonás”, pero es algo que ninguno tenemos garantizado.

Enrique Abad
enrique@dabar.es



La edificación de la Iglesia sobre la profesión de fe:

PEDRO PROFESA SU FE EN JESÚS

“¡Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo! ¡Tú eres Pedro y sobre esta piedra construiré mi Iglesia!” Dos afirmaciones que hacen referencia a la fe de todos los creyentes. No se trata de un intercambio de frases de “buena educación”. Tras un sondeo de opinión entre lo que dice la gente de él y lo que piensan sus discípulos sobre él, Jesús se lanza al futuro: construiré mi Iglesia. Jesús va a edificar su Iglesia sobre un cimiento: la fe de sus discípulos en él. Jesús piensa en la fe de todos sus discípulos, también en la de los del futuro y, por supuesto, en nuestra fe actual.

Entonces la opinión pública iba en torno a figuras proféticas del pasado, figuras que habían vuelto: Elías, Jeremías, el Bautista recientemente decapitado... Las respuestas de nuestros contemporáneos serían sin duda muy diferentes de aquellas. Muchas eliminarían el elemento religioso que tenían las de entonces... Otras las reducirían a un personaje del pasado sin ninguna resonancia para el presente... Pero, sean como sean, las respuestas de hoy manifiestan que Jesucristo hoy como entonces no deja a nadie indiferente. Por eso, nuestra misión evangelizadora no debe dejar que Jesucristo sea indiferente para nadie. Porque, si afirmamos con Pedro que, en verdad, Jesús de Nazaret es el Ungido por Dios, el Hijo eterno de Dios, el Dios vivo entre los hombres... su vida y su mensaje abarca no solo a un momento y un lugar del pasado, sino a todas las generaciones y al universo entero.

Sobre el “credo” de Pedro, Jesús construye su Iglesia. Y sigue siendo la profesión de fe de los creyentes de hoy la que construye la Iglesia de hoy. Una fe, a veces, dubitativa como la de Pedro hundiéndose en las aguas sobre las que había empezado a andar... Una fe, a veces, acompañada del miedo hasta renegar de ella en algunos ambientes, como le pasó a Pedro entre los que habían apresado a Jesús... Una fe llena de arrojo y entusiasmo, como la de Pedro lanzándose, antes que nadie, a estar con el Resucitado en la playa donde él les esperaba y alentaba su misión de “pescadores de hombres”... Una fe que, si no se transmite, si no se comunica, aunque no haya respuestas positivas por parte de los interlocutores de la evangelización, languidece y al final muere... Una fe que crece en comunidad, aunque sea una

Notas para la Homilía

comunidad pobre y humilde, empedregada y envejecida, como las nuestras o las de los primeros momentos de la historia de la Iglesia...

JESÚS PROFESA SU FE EN PEDRO

“Iglesia” viene de la palabra griega “llamar”, “convocar”... que en el Antiguo Testamento se usa para designar la asamblea del Pueblo de Dios. Jesús la emplea también para la congregación de hombres y mujeres llamados y convocados por él: alrededor de él y enviados por él a su misma misión. Es él el fundamento firme, el cimiento sólido, la “roca”, el “amén”... de esa comunidad convocada por él. Lo que nos mantiene unidos es la relación que tenemos con él: la fe en él. Por eso, todos los creyentes en Jesús somos “Pedro”, rocas que fundamentan esta comunidad, en la medida que nos mantenemos unidos a Jesús, en una relación de fe en él. Pero, ya sabemos que una “piedra” sola no hace casa, si no está unida y ensamblada con otras piedras, asentadas sobre Cristo con la fe. Una fe individual no hace comunidad, no edifica la Iglesia de Jesús. Por eso, la importancia de nuestras comunidades cristianas, aún en su pobreza humana, aunque seamos “menos” y menos valorados en la opinión pública... como la comunidad primera en torno al Nazareno.

En ese sentido, Jesús nos valora mucho y cuenta con nosotros, porque nos ha confiado las “llaves de su Reino”. El oficio de “portero” o de “conserje” siempre ha sido un oficio de inmensa confianza para los habitantes de un inmueble, pues este oficio supone velar sobre la seguridad de las personas y del “hábitat” donde viven ellas su intimidad y sus relaciones más importantes. Por eso, el acto de confiarnos este oficio de porteros, por parte de Jesús, es también un acto de fe en nosotros, una auténtica profesión de fe en nosotros por parte de Jesucristo. ¡Sus razones tendrá él! ¿No deberíamos creer un poco más en nosotros como Iglesia?

Con la valentía de Pedro, para ser esa “Iglesia en salida misionera”, con una fe incondicional en Jesús, aún sin saber a dónde nos llevará esta fe en él, decimos... ¡eso sí! ¡juntos!: Creo en Dios Padre...

Juan Pablo Ferrer
juanpablo@dabar.es



«¡Dichoso tú!» (Mt 16, 17b)

Para reflexionar

Pedro, para afirmar la identidad de Jesús desde la fe -"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"-, no solo habla en nombre propio, habla en nombre de la comunidad y, según lo reconoce el mismo Jesús... está hablando en nombre del mismo Dios que le ha revelado la identidad de Jesús. El verdadero autor de esta declaración es Dios y Pedro es el transmisor de Dios. ¿Qué idea, sentimiento e imagen repercuten en tu conciencia de ser tú también "Pedro", transmisor fiel de tantas voces, de la misma fe en Jesús?

La Iglesia de Jesús tiene poder sobre la muerte y sobre el cielo. Jesús es más poderoso que el mal; y así también su Iglesia, en la medida que sigue fielmente a Jesús, vencerá incluso a la muerte, que es el mayor poder que tiene el mal. Eso significa que Jesús confiere a Pedro las "llaves del Reino"... ¿De qué "males" necesitamos liberarnos actualmente? ¿Qué "llaves" descubres en la Iglesia y en el mundo para luchar contra el mal?

Representar a la comunidad, especialmente en el ministerio ordenado, es un servicio, no una dignidad. El que lo asume debe ser consciente de ello. ¿Somos conscientes que es la fe de la comunidad la que reconoce "autoridad apostólica" al ministro ordenado? La fe de la comunidad hace posible la "recepción" de tal persona como su pastor.

El elegido como pastor de una comunidad, ¿puede confiar en sus solas fuerzas y en su habilidad como buen transmisor? ¿Cómo conseguir en tu comunidad cristiana que la profesión de la fe no pierda su fuerza evangélica y evangelizadora?

San Pablo hoy nos expresa su estupor y asombro ante el misterio del desbordante amor de Dios, tal como él ha percibido en la persona de Jesús. ¿Cómo podemos hoy manifestar este asombro? ¿Cómo podemos hacer posible la alabanza, la gratitud, la contemplación... en este mundo tan seducido por el dinero y el confort?

El pastor de una comunidad cristiana ha de aglutinar en torno a la figura de Jesús a todos y cada uno de sus miembros, para preguntarles ¿quién es Jesús? facilitando la fe de cada miembro y de la comunidad en su conjunto. Mi profesión de fe en Jesús, ¿qué puede aportar a la vida de mi comunidad y de mi localidad o barrio?

Para la oración

Oh Dios, nuestro Padre, tu Hijo Jesús con una mirada universal hacia todos los hombres de todos los tiempos ha llamado a sus apóstoles, cuya fe en él es el fundamento de tu Iglesia, tu nuevo Pueblo. Inspíranos, como a Pedro, la misma fe en él, fe que haga de nosotros "piedras vivas", unidas por el Espíritu Santo, hasta que seamos el edificio de tu templo sagrado en el mundo.

Padre misericordioso, tú has revelado al apóstol Pedro que tú eres el Dios vivo y que Jesús de Nazaret es tu propio y único Hijo... Acoge, pues, este pan y este vino como muestras de nuestra fe afianzada en la de Pedro y los apóstoles.

En verdad es justo darte gracias y bendecirte, oh Dios, nuestro Padre, lleno de tanta generosidad hacia todos tus hijos... que nos has revelado tu admirable misterio de amor. Tú eres la fuente, el curso y la desembocadura de nuestros sonoros ríos de la vida. ¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el tuyo, Señor! ¿Quién puede conocer tu mente, Señor? ¿Quién puede pagarte tanto bien que nos haces? De ti, por ti y para ti existe todo. En el colmo de nuestro asombro reconocemos, Padre, que tú nos has revelado, a través de la fe de Pedro y los apóstoles, que el hombre Jesús de Nazaret es tu Hijo, tu Ungido Rey. Y para continuar su misión evangelizadora, tú nos enviaste su Espíritu Santo desde tu hogar del cielo, para congrega a hombres y mujeres en tu Iglesia, cuyo cimiento es la fe en tu Hijo Jesucristo. Por eso, con los ángeles y la multitud de los santos, con María Virgen y su esposo José, con Pedro y los demás apóstoles... te aclamamos y te cantamos:

¡Qué alegría, Padre, recibiremos en esta comunión eclesial al cuerpo y sangre sacramentales de tu Hijo! Revélanos interiormente que él es el Mesías liberador e impúlsanos a recibirlo como nuestro salvador. Concédenos también la valentía de confesarlo ante los hombres, en medio de este ambiente social que vivimos de increencia y de desprestigio ante lo religioso. Ayúdanos a amar a los hermanos que formamos tu Iglesia en medio de nuestro barrio (o pueblo o ciudad) de ..., aún con nuestras pobreza personales y comunitarias, pero que es la Iglesia que nos une a Cristo.



Cantos

Entrada. ¿Quién dice la gente que soy yo? (Erdozain, en "15 Cantos sobre Jesucristo 2000"); Cristo, alegría del mundo (2CLN-761); Cristo es el camino (de Erdozain, en "Dios es amor"); Cristo nuestro hermano (de Gabarain, 2CLN-320); Cristo nos da la libertad (Erdozain).

Salmo. LdS; Te doy gracias, Señor, de todo corazón (de Palazón).

Aleluya. 2CLN-E 13 ó E 3.

Ofertorio. Ofrenda de amor (G. Fernández); Quiero estar, Señor, en tu presencia (Erdozain, en "Cantos para participar y vivir la Misa").

Santo. 1CLN-I 1.

Aclamación al memorial. 1CLN-J 22.

Comunión. Una espiga dorada (Gabarain); Tú eres el pan de vida (Yo le resucitaré) (CB-229); Creo en Jesús (1CLN-274); Oh buen Jesús, yo creo firmemente (Hno. León de Jesús).

Final. Hoy, Señor, te damos gracias (Gabarain).

La misa de hoy

Monición de entrada

Bienvenidos a la Eucaristía de este domingo, Pascua semanal de Jesús, nuestra propia Pascua. Hoy nos dejaremos interrogar por Jesús: ¿Quién decís vosotros que soy yo? Sí, sí... Pero comencemos por decir amorosamente a Jesús, como amorosamente nos interpela él: Pero, ¿quién eres tú, Jesús, para hablarnos así? Su pretensión de entrar en nuestra vida es total, como la que puede pretender el mismo Dios ante sus criaturas, que somos nosotros. Dejémonos convocar por él para ser su Iglesia aquí y ahora, con toda la responsabilidad que él exige amorosamente de nosotros, a quienes nos llama "sus amigos".

Saludo

Que el Señor Jesús, que nos viene a liberar como nuestro Mesías salvador, esté siempre con todos vosotros.

Acto Penitencial

Porque la misericordia de Dios es eterna... porque nunca nos abandona, acojamos su amor incondicional de Padre, de Hermano y de Amigo:

-Tú, Padre, no abandonas la obra de tus manos: Señor, ten piedad.

-Tú, Jesús, Hermano, haces de los pecadores, que somos, las piedras vivas de tu Iglesia: Cristo, ten piedad

-Tú, Espíritu Santo, Amigo, eres el amor que ensambla a todos los discípulos en una misma familia unida, la Iglesia: Señor, ten piedad.



Monición a la Primera Lectura

Abramos el oído a este oráculo del que hará referencia Jesús cuando confíe a Pedro y los apóstoles las llaves del Reino de los cielos, llaves que consistían antiguamente en los travesaños que cerraban la gran puerta de la ciudad, y que el "portero" cargaba al hombro. ¿No os recuerda también el travesaño de la cruz de Jesús, travesaño llevado también por él al hombro y que a su vez Pedro tendrá que llevar en su martirio?

Salmo Responsorial (Sal 137)

Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón; delante de los ángeles tañeré para ti, me postraré hacia tu santuario, daré gracias a tu nombre.

Señor, tu misericordia es eterna...

Por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera a tu fama; cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor de mi alma.

Señor, tu misericordia es eterna...

El Señor es sublime, se fija en el humilde, y de lejos conoce al soberbio. Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos.

Señor, tu misericordia es eterna...

Monición a la Segunda Lectura

Las palabras de Pablo que escuchamos hoy son un himno triunfal a la sabiduría inesperada de Dios. Dejémonos llevar de su asombro ante su manera de actuar tan extraordinariamente amorosa con el ser humano, tal como contemplamos en la vida y mensaje de Jesucristo.

Monición a la Lectura Evangélica

A los que estamos dispuestos a seguir a Jesús, hasta su cruz... van dirigidos estos interrogantes que escuchamos de Jesús y va también un cambio de nuestro nombre. Si a Simón se le dio el nombre de Pedro –roca-,

¿qué nombre nuevo y significativo nos da el Señor hoy? En nuestro nombre –sea el que sea- está nuestra vocación, ¿a qué nos llama el Señor hoy?

Oración de los fieles

Con nosotros y a través de nosotros, todo un pueblo, el Pueblo de Dios, se vuelve hacia su Señor, para que haga subir su plegaria por todas las personas, especialmente las más necesitadas:

-Por el Papa Francisco, sucesor de Pedro, para que sostenga y confirme la fe de sus hermanos. Roguemos al Señor.

-Por nuestro obispo, sucesor de los apóstoles... por todos sus colaboradores que participan de su ministerio apostólico, los presbíteros y diáconos... por los diversos ministerios laicales que ejercen su responsabilidad en la Iglesia y en el mundo... para que vivan como Jesús, siempre al servicio de Dios y de todos sus hijos. Roguemos al Señor.

-Por la gran multitud de los que no saben quién es Jesús, para que encuentren hoy auténticos testigos del Evangelio que, como Pedro, se lo desvelen. Roguemos al Señor.

-Por nuestra comunidad eclesial, por sus jóvenes y adultos, por los ausentes y enfermos, por... para que todos crezcamos en la fe en Jesús, el Mesías, el Hijo del Dios vivo. Roguemos al Señor.

Oh Dios, nuestro Padre, fuente de toda sabiduría, tú mostraste a Pedro y a los demás apóstoles qué tipo de Mesías es tu Hijo Jesucristo: un mesías servidor que comparte la suerte de los pobres. Escucha las oraciones de tu pueblo y haz que nuestra fe encuentre siempre su más sólido fundamento en las enseñanzas de apóstoles, enseñanzas que son luz para el mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Despedida

Id a profesar, ante los hombres y mujeres de nuestra sociedad y de nuestro tiempo, vuestra fe en aquel en quien reconocéis, como Pedro, que es el Mesías, el Hijo del Dios vivo. Podéis ir en paz...



Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

21º Ordinario, 23 de agosto 2020, Año XLVI, Ciclo A

ISAIAS 22, 19-23

Así dice el Señor a Sobná, mayordomo de palacio: «Te echaré de tu puesto, te destituiré de tu cargo. Aquel día, llamaré a mi siervo, a Eliacín, hijo de Alcías: le vestiré tu túnica, le ceñiré tu banda, le daré tus poderes; será padre para los habitantes de Jerusalén, para el pueblo de Judá. Colgaré de su hombro la llave del palacio de David: lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá. Lo hincaré como un clavo en sitio firme, dará un trono glorioso a la casa paterna».

ROMANOS 11, 33-36

¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento, el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero? ¿Quién le ha dado primero, para que él le devuelva? Él es el origen, guía y meta del universo. A él la gloria por los siglos. Amén.

MATEO 16, 13-20

En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesaréa de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?» Ellos contestaron: «Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Jesús le respondió: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de los infiernos no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo». Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías.